

los ataques del tiempo; después ha sido la salvaguardia de las poblaciones cercanas: en cualquier azote que amenazaba la comarca, si las mieses están en peligro, se lleva la Hostia del milagro al travez de los campos, y jamás ha sido engañada la piadosa confianza del pueblo. Pero lo que es aun mas digno de admiración en esta milagrosa Hostia, és, que Nuestro Señor se ha mostrado allí frecuentemente bajo las diversas formas de su santa humanidad; ya en la figura de un niño en los brazos de su madre, ya como un hermoso adolescente ó como un hombre en la fuerza de la edad; algunas veces con aire amenazador y terrible, apartándose con indignación de los espectadores, y otras veces, con el semblante lleno de bondad y misericordia; un día con el aparato de un juez terrible, y el día siguiente con la majestad de su reinado divino; en fin, muchas veces en el estado lamentable á que le redujeron los judíos por la flagelación y la coronación de espinas. Además sucedió algunas veces que al mismo tiempo diversas personas veían diferentes apariciones (1).

Estos acontecimientos extraordinarios hacen resaltar maravillosamente uno de los fines de la institución de la Eucaristia: Nuestro Señor Jesucristo ha querido reavivar incesantemente en nosotros el recuerdo de todo lo que ha hecho para salvarnos, «Haced esto en memoria de mí,» decía á sus Apóstoles en la última Cena, es decir, en memoria del amor infinito que me ha hecho

[1] Silv. Petra Saneta, S. J. *Thaumasia veræ religionis*, toni. III, p. 74. Roma. 1645.

descender á la tierra para traeros la salvación y la vida eterna, en memoria de todos mis misterios, de todos mis milagros, de todas mis palabras, de todos mis sufrimientos y de todos mis beneficios. Así, dice el R. P. Eymard (1), «la Eucaristía es de todas las fiestas, de todos los días del año; pues no se puede hacer conmemoración de algún misterio del cual no sea el memorial viviente: en la Eucaristía festejamos el amor permanente de Nuestro Señor, su amor actual y viviente hasta el fin del mundo: toda la religión, con sus misterios, sus fiestas, sus virtudes y sus gracias, así como sus deberes, está vivificada por el amor de la Eucaristía; pues de allí saca la vida y la gracia.»



[1] R. P. Eymard, *La divina Eucaristía* IV serie, p. 270.

## § II

### EL PAN CAMBIADO EN CARNE.

*Sumario: El anacoreta incrédulo,  
Milagros referidos por San Pedro Damiano.  
El "Taumaturgo eucarístico,"  
Augsbourg, 1191.—Lanciano y Offida, 1273:  
La mágica y la santa Hostia.*

Los hechos siguientes exigen que recordemos la advertencia que hemos hecho antes. Estos fragmentos de carne, esta sangre que corre, no puede ser la propia carne ni la verdadera sangre de Cristo; porque después de la Resurrección es imposible que las partes del cuerpo glorificado del Salvador estén desunidas; la sangre tampoco puede estar separada del cuerpo. No son pues sino unas substancias creadas milagrosamente por el Salvador para revelar la realidad de su carne y su sangre ocultas en el Misterio.

Además, aunque estos prodigios infundan en el espíritu la idea de inmolación, de dolor y de tortura, no obstante, debemos saber, como lo explicaremos mas largamente con motivo de la Santa Misa, que el Cristo resucitado ya no puede ni padecer ni morir: siendo impasible é inmortal por toda eternidad. El augusto Sacrificio

se cumple sin efusión de sangre; y cuando se trata de profanaciones, los malos tratamientos solo alcanzan á las especies y no pueden infligir ninguna herida al cuerpo del Salvador.

### LOS PADRES DEL DESIERTO.

#### EL ANACORETA

#### INCREDULO.

Entre los muchos anacoretas que en el siglo IV vivían en el desierto de Scété bajo la dirección del abad Arsenio, cita la historia un anciano que era atormentado de violentas dudas con motivo de la presencia real. En su ciega simplicidad decía que el pan que comemos en la comunión no era verdaderamente el Cuerpo de Cristo sino solamente la figura.

Al saber esta extraña doctrina, otros dos ancianos que conocían su gran piedad creyeron que se cambiaban sus palabras y fueron á buscarle.

«Padre, le dijeron, ved los horribles discursos que un infiel ha tenido en nuestra presencia: dice que el pan que comemos en la comunión, no es verdaderamente el Cuerpo de Cristo, sino solo una figura.»

Mas el anciano deteniéndolos inmediatamente: «Yo soy, dijo, el que he hablado así.»

Los dos anacoretas le suplicaban que cambiara de lenguaje. «Padre, creed lo que la Iglesia católica ha enseñado siempre; es la verdad que el pan se convierte en el cuerpo del Señor y el vino en su sangre.»

«Si yo no me aseguro por mis ojos, replicó el incrédulo anciano, ¿de qué me sirven todos vuestros discursos?»

Los anacoretas, después de emplear todos los argumentos le dijeron: «Dirijamos á Dios, durante esta semana, fervientes oraciones para que nos ilumine acerca de este misterio; tenemos confianza en que se hará la luz en vuestro espíritu.»

El anciano recibió con alegría esta proposición y comenzó á orar con instancia: «Señor mío Jesucristo, decía, ya veis que mi incredulidad no viene de una voluntad perversa, y que si estoy en el error, mi ignorancia es la causa, os suplico me hagais ver la verdad.» Por su parte, los otros solitarios unían sus súplicas y redoblaban sus austeridades para obtener á su hermano el beneficio de la fe. Dios los escuchó.

Llegado el domingo, los tres ancianos se dirigieron á la iglesia para asistir al santo Sacrificio. De repente, al pronunciarse las palabras de la consagración sobre el pan, fueron sus ojos alumbrados con luz sobrenatural y vieron un niño pequeño tendido en el altar: mas tarde en el momento en que el sacerdote dividía la sagrada Hostia, un ángel, con una espada en la mano voló sobre el altar y blandiendo la espada inmoló al niño cuya sangre derramó en el cáliz. Luego, á medida que el sacerdote partía el pan

en porciones que debian distribuirse á los fieles, el ángel dividía la carne del niño en otras tantas partes.

Cuando el anciano incrédulo se acercó para participar del sacrificio, recibió visiblemente una porción de carne ensangrentada; y á esta vista sintió desvanecerse las objeciones de su espíritu rebelde y sobrecogido de espanto exclamó: «Yo creo, Señor, que el pan consagrado en el altar es verdaderamente vuestro Cuerpo y el vino es vuestra Sangre!» Al mismo tiempo por un nuevo prodigio, el pedazo que tenía entre sus dedos recobró el aspecto del pan y comulgó dando gracias á Dios.

Los otros ancianos muy contentos de su conversión al volver á sus celdas le decian: «Ya veis como el Señor Jesucristo ha ordenado todo con amor y sabiduría infinitos; á nuestra naturaleza repugnaría alimentarse con carne sangrienta, y por consideración á nuestra debilidad cambia su cuerpo en un pan misterioso, y hace de su sangre una bebida saludable: á todos los que reciben con fe estos dones divinos, comunica los tesoros de su misericordia y la abundancia de sus gracias. (1)

---

[1] *De vitis Patrum*, lib. V, libel. 18. Migne, *Patr. lat.*, tom. LXXXIII, col. 978.

## 1050. MILAGROS EN ITALIA.

*En los escritos de San Pedro Damiano se encuentran muchos milagros eucarísticos, y entre otros los siguientes:*

«En presencia del Papa, dice el santo Doctor, el obispo de Amolfi nos ha asegurado bajo la fe del juramento, que celebrando un día el santo Sacrificio, sintió su espíritu turbado por un pensamiento de incredulidad; la presencia real del Salvador bajo las especies eucarísticas le parecía imposible de creer. Se hallaba en esta disposición interior cuando tuvo, según el rito acostumbrado que dividir la sagrada Hostia. En ese momento, el pan eucarístico fué transformado en sus manos en la carne visible del Salvador, y sus dedos quedaron ensangrentados. Cayó de rodillas en una adoración llena de arrepentimiento y de fe, y la Hostia recobró su forma ordinaria. Tal es este Sacramento de amor tan terrible para los que se atreven á tocarle con manos indignas. (1)

«El hecho que vos mismo me habeis mandado y que acaba de acontecer, cerca de Monte Casino, tiene la misma significación. Una mujer cediendo á sugerencias abominables, se llevó, me decís, á su casa el pan eucarístico para servirse de él

[1] S. Petr. Damian. *Opuscul.* XXXIV. *Patrol. lat.* tom. CXLV. col. 573.

en no se qué maleficios. El sacerdote se apercibió á tiempo; y fue á la casa de esta mujer á recoger el Sacramento agosto. Mas al desplegar el lienzo en que estaba envuelto, el Cuerpo del Señor apareció visible, ocupando una mitad del pan, en tanto que la otra mitad había conservado la forma ordinaria. Me preguntais porqué se produjo el milagro con esta diferencia entre las dos partes del pan consagrado. Me parece que Dios quería por un testimonio tan manifiesto, confundir la incredulidad y la heregía, que rehusan aceptar el dogma de la presencia real en el misterio eucarístico: bajo una sola mitad del mismo pan consagrado el Cuerpo de Jesucristo se hizo visible dejando á la otra su forma ordinaria, para hacer comprender mejor la realidad de la transubstanciación sacramental «de ese pan de los ángeles, maná descendido de los cielos;» que bajo el velo de las santas especies encierra realmente el Cuerpo nacido del seno de la Virgen María (1).»



[1] S. Petr. Dam. *Opuscul.* XXXIV. *Patrol. lat.* tom. CXLV. col. 573.

## 1191. AUGSBURGO en BAVIERA.

### EL TAUMATURGO EUCARISTICO.

---

Era en 1194. Una mujer de Augsburgo se presentó una mañana en la iglesia del convento de Santa Cruz, con la intención de apoderarse de una Hostia consagrada. Las exterioridades de la piedad le sirvieron para disimular su sacrílego intento; llegóse con aire recogido á la santa Mesa y recibió de mano del sacerdote la divina Eucaristía, y luego alejándose del resto de los fieles para no ser descubierta, sacó de su boca el Cuerpo del Señor y lo encerró en una bola de cera que había preparado para este fin. Sale de la iglesia llevando con audacia su robo. ¿Qué quería hacer con él? El historiador no lo dice; mas pasaron años enteros y el divino Sacramento deshonorado y profanado permanecía cautivo por esta miserable. La Hostia tan débil y tan frágil, pero que ocultaba al Omnipotente, habría podido vengarse de la pobre mujer con terribles castigos; pero quiso mejor infundir en este corazón culpable el arrepentimiento y la esperanza del perdón.

Después de cinco años, los remordimientos espantosos que hasta entonces había sofocado, volvieron á desgarrar su conciencia: se le representaba á cada instante su crimen como un espectro aterrador torturándola sin descanso. Al fin decidióse á buscar en brazos de la misericordia divina la tranquilidad que parecía haberla abandonado para siempre. Fue pues á arrojarle á los pies de un hombre de Dios llamado Bertoldo, que había sido en otro tiempo prior de los Agustinos de Santa Cruz; y sin disfrazar nada le confesó su culpa con palabras entrecortadas por los sollozos, y entregándole el Santísimo Sacramento encerrado todavía en la cera, declaróse pronta á aceptar toda clase de penitencias para expiar su delito. La pobre afligida necesitaba palabras de esperanza: Bertoldo le aseguró que ya se había pasado el tiempo de los terrores y del temor, y que en adelante debía tener mucha confianza en Dios; luego la despidió reconciliada con el cielo y en paz consigo misma.

Luego que estuvo solo, el santo sacerdote quiso romper la cubierta para sacar pronto de allí el Santo Sacramento. Ya había despegado algunos fragmentos, cuando vió que la cera contenía en lugar de una blanca Hostia, una materia roja que semejaba la carne ensangrentada. Temblando de emoción el monje despega más la cera para ver si no queda otro vestigio de la santa Eucaristía: mas el Sacramento se adhería á las paredes y se destrozó en dos partes que permanecieron unidas por pequeños filamentos rojos como la sangre.

Bertoldo se queda atónito: ¿deberá guardar silencio acerca de este acontecimiento ó lo dará á conocer al público? En fin, por consejos de hombres ilustrados, coloca la cera con la Hostia milagrosa en un vaso precioso que cierra con muchos sellos y va á referir al obispo todo lo que acaba de suceder.

Un piadoso prelado llamado Ulscale, gobernaba entonces la iglesia de Augsburgo: adoró los designios de Dios, y creyendo que este prodigio se había obrado para la salvación de muchos, quiso hacerlo público; por lo cual ordenó una procesión solemne á la iglesia de Santa Cruz, yendo él mismo con todo su clero para ofrecer sus homenajes á la divina Hostia que transportó en medio de una multitud inmensa á la iglesia catedral. Allí el obispo rompió los sellos puestos por Bertoldo y pudieron dar fe que no solamente la Hostia conservaba la apariencia de carne ensangrentada, sino que su volumen había aumentado cuatro veces mas que antes: y además, desde ese día, 18 de abril, hasta la fiesta de San Juan Bautista continuó creciendo: entonces la cera en la que había permanecido como engastada, no pudiendo ya cotenerla se rompió por sí misma y se despojó de esta carne milagrosa.

No teniendo ya duda ninguna acerca de la verdad del prodigio, Ulscale colocó el Santísimo Sacramento en un relicario de cristal, en cerrando allí tambien separadamente la cera que había sido consagrada tan largo tiempo por el contacto de la santa Hostia, y volvió á llevarla solemnemente á la iglesia del monasterio de

Santa Cruz en donde había comenzado el milagro.

Conservada desde entonces con respeto por los canónigos regulares de San Agustín, venerada con el mas piadoso culto por los habitantes de Augsburgo y visitada cada año por millares de peregrinos, esta Hostia milagrosa ha atravesado los siglos intacta y sin corrupción, derramando con abundancia las gracias y beneficios desde ese trono magnífico en donde el amor de los católicos la ha colocado; y por esto se la ha designado con el título glorioso de *Taumaturgo eucarístico*. Los archivos del monasterio de Santa Cruz han registrado gran número de estos favores. (1)

Referiremos otro género de prodigios: si la Hostia milagrosa ha permanecido desde 1194 hasta nuestros dias bajo la apariencia de una carne ensangrentada, el Salvador ha querido en algunas circunstancias para recompensar la fe de sus fieles mostrarse allí bajo otros aspectos no menos maravillosos: Un día apareció con las facciones amables de un pequeño niño, con un vestido mas blanco que la nieve, el rostro radiante de la divinidad y la frente ceñida con una corona de oro. En otra ocasión se vió al Redentor clavado en la cruz, cubierto de heridas y chorreando sangre; pero estuvo todavía mas tierna otra aparición: acababa un religioso de celebrar en el altar del Santísimo Sacramento; y al fin del santo Sacrificio, cuando extendía la

[1] Anast. Vochetii, *Taumaturgus eucharisticus*. De esta Obra hemos sacado nuestra relación. Vease tambien, Geor. Ott. *Wunderbare Begebenheiten*; y J. Hautin. *Sacramentum amoris*, p. 247.

mano para bendecir á los fieles, Nuestro Señor Jesucristo se mostró extendiendo también su mano divina para hender á sus piadosos adoradores. (1)

1273. Lanciano y Offida en Italia.

## LA HECHICERA

### Y LA SANTA HOSTIA.

En el siglo XIII en una ciudad arquiépiscopal de los Abruzos llamada Lanciano, se verificó un acontecimiento que demuestra la ignorancia y la credulidad que se encontraba á veces en las gentes del pueblo, y también el odio diabólico de los judíos y de los hechiceros contra el augusto Sacramento de nuestros altares. Semejantes excesos suponen una creencia involuntaria y son una confesión de la presencia real de parte de los partidarios del infierno que no se encarnizarían tanto si solo fuera una simple figura.

La mujer de un labrador llamada Rizziarella, era víctima frecuentemente de los malos trata-

[1] El relicario donde se conserva hoy la sagrada Hostia ensangrentada está adornado de alhajas y piedras preciosas ofrecidas por María Antonieta de Austria con ocasión de su viaje de Viena á Paris como desposada del Delfín que fue mas tarde Luis XVI. La peregrinación á este Sacramento del milagro, como lo dice la relación presentada al congreso eucarístico de Lille en 1881, está siempre floreciente.

mientos de su marido (1); y un día, para evitar los golpes se huyó de la casa y temblando de miedo fue á la casa de una vecina suya, judía de nación y conocida en el país por sus hechicerías. Esta odiosa criatura quizo consolar á la pobre mujer, prometiéndole un filtro poderoso que cambiaría las disposiciones de ese hombre irascible. Rizziarella insistió para obtener prontamente el maravilloso brevaje que debía volver la paz á su hogar: mas la judía puso una condición, y fué, que necesitaba para sus sortilegios una Hostia consagrada. La desgraciada Rizziarella no retrocedió ante este crimen: fue á comulgar y entregó la divina Hostia en manos de la hechicera que se preparó luego á sus prácticas sacrílegas.

En una tela muy caliente coloca la sagrada Hostia para quemarla y reducirla á polvo. Mas este pan sagrado se cambia súbitamente en carne, y brotando la sangre en abundancia se derrama sobre los carbones encendidos y apaga el fuego. Las dos mujeres se miran espantadas; mas la sangre corre siempre y la tierra y ceniza que arrojan para detenerla, todo es inútil. Entonces, cogiendo Rizzaralla un lienzo grueso, envuelve precipitadamente esta carne milagrosa y la tela ensangrentada y corre á enterrarlas en un rincón del establo: luego procuran borrar todas las señales de su atentado tan prodigiosamente castigado por Dios.

Cuando volvió el marido por la noche con la bestia de carga, el animal rehusó penetrar en el

[1] Agost. Urbani, Agustiniano de Offida, *Istoria de Miracolo di Lanciano*.—Ugheli, *Italia sacra*.—P. Laurenti, *Le meraviglie de SS. Sacramento*.

establo, y ni los golpes ni los gritos la hicieron mover; pues en lugar de entrar se arrodillaba en la puerta; y al fin, cuando después de esfuerzos increíbles la empujaron hasta adentro, no quiso ni aun tocar la comida que le presentaban. Fué preciso abandonar el establo que declararon maldito y habitado por los espíritus del mal; porque tan luego como querían llevar allí á un animal tenía lugar la misma escena.

Por espacio de siete años permaneció el crimen oculto: de vez en cuando se producían acontecimientos extraordinarios cerca del lugar de la profanación; pero siempre permanecían inexplicables, salvó para la desgraciada á quién el recuerdo de su maldad no cesaba de perseguir. —En fin, devorada por los remordimientos al pensamiento de los terribles juicios de Dios, se resolvió Rizziarella á confesarlo todo, y se dirigió al P. Jacobo Diostalevi, Agustino de Offida, prior de Lanciano. El buen religioso no podía creer tanta maldad y dudaba de semejante prodigio; mas á instancias de la mujer fue al lugar designado y se puso á cavar la tierra: encontró en el lienzo lleno de sangre que parecía recientemente derramada la Hostia que estaba aun intacta: una parte tenía el aspecto de carne ensangrentada, y la otra conservaba la apariencia del pan. El prior llevó con reverencia, de este lugar indigno, la Hostia que contenía al Rey del Cielo y la trasportó á su convento para hacerle reparación de tan abominables ultrajes.

Después, el P. Jacobo quiso enriquecer su patria con este precioso tesoro: llevóla á Offida en la Marca de Ancona y la depositó en la igle-

sia de los Agustinos. La fiesta del milagro se celebra allí desde entonces todos los años el 3 de mayo. En cuanto al lugar de la profanación, en Lanciano, siempre se le tuvo en mucha veneración, y mas tarde, en 1582 se construyó allí un rico templo.

El convento de San Francisco, en esta misma ciudad de Lanciano, fue igualmente favorecido por un prodigio eucarístico. (1) Un religioso era atormentado por algunas dudas con motivo de la consagración; y habiéndose detenido un día en estos pensamientos durante la misa, y después de haber pronunciado las palabras sagradas, vió inmediatamente el pan cambiado en carne y el vino tomar el aspecto de la sangre. Espantado al principio, el monje que sentía todas sus dudas disipadas, quiso sirviera á otros este prodigio de que él había sido la causa; é invitó á todos los asistentes á acercarse al altar y se los mostró; después se conservó la Hostia para exponerla cada año á los homenajes de los fieles el día de Pascua.

Dióse una parte de estas especies milagrosas al obispo: y habiendo sido dividida la Hostia en cinco partes de diferentes tamaños, el prelado, impulsado por inspiración divina, pesó los diversos fragmentos, y con admiración se encontró que tanto los mas pequeños como los mas grandes tenían esactamente el mismo peso. Esto era confirmación de la verdad tan bien cantada por el Doctor angélico: *Nula rei fit scissura; Signi tantum fit fractura: Qua nec status nec statura Signati minuitur.*

[1] Anton. Masini, Scuola del Cristiano, p. 485.